

públicas sus pretensiones al título de patriarca ecuménico: tres siglos despues Fotino, que apoyado en el emperador habia usurpado la silla episcopal de la misma ciudad, se empeñaba en eludir la jurisdiccion de Roma, por sus embustes y bellaquerías: finalmente, hácia la mitad del siglo once el patriarca Miguel Cerularius consumaba el cisma y escomulgaba al papa que le habia escomulgado.

De esta suerte el espíritu filosófico, impaciente de todo yugo, arrojaba á los griegos fuera del camino regenerador de la libertad, esto es, fuera de la sociedad moral. En vano la Iglesia dirigió todos sus esfuerzos para atraerlos á la unidad, porque no pudo vencer á esas almas apasionadas por la independencia pagana: en vano la necesidad obligaba á los disidentes á implorar el socorro de sus hermanos de Oriente, para salvarse de los bárbaros que los estrechaban mas de cerca, y cuya necesidad les patentizaba la importancia de su reincorporacion á la Iglesia romana, y les llevaba á pedir y á firmar la alianza al segundo concilio de Lyon; porque la reunion no sobrevivió á Miguel Paleólogo que la habia solicitado y sostenido.

Ya se comenzaba á comprender cuáles habian sido los designios de la Providencia sobre la humanidad, al sumergir la civilizacion antigua bajo las oleadas de la barbarie. Mientras mas obcecados se mostraban los griegos, más los bárbaros les estrechaban los límites de su imperio que muy pronto no pasaron de los muros de Constantinopla. La Iglesia veia con dolor acercarse la hora del castigo para esos hijos descarriados que le eran siempre tan queridos; y en el concilio de Florencia hizo una última tentativa para hacerlos volver á su seno; pero este esfuerzo salió fallido. Entonces el papa Nicolás V les dirigió una carta que podria muy bien llamarse el *ultimatum* del cielo. "Hace ya mucho tiempo, les decia, que los griegos abusan de la paciencia de Dios, perseverando en el cisma. Segun la parábola del Evangelio, Dios no espera otra cosa sino que la higuera cultivada con tanto esmero

dé al fin su fruto; pero si en el espacio de tres años que Dios le concede todavía permaneciese estéril el árbol, será cortado hasta la raiz y los griegos serán abatidos por los ministros de la Justicia divina, que Dios enviará para ejecutar la sentencia que ya ha pronunciado en el cielo."

Esta advertencia fué despreciada, y tres años despues Constantinopla cayó en poder de los turcos, y el imperio griego quedó aniquilado.

El espíritu filosófico habia perdido al Oriente y amenazaba del mismo modo al Occidente; pero la cruz apartó este peligro de la cuna de los nuevos pueblos. Por donde quiera, en efecto, que se encontraban vestigios de ese funesto espíritu, se veia fermentar la rebelion contra la autoridad de la Iglesia. En el Mediodía de la Francia, donde la civilizacion romana no habia desaparecido enteramente, se manifestaron los mismos fenómenos de corrupcion refinada y de insubordinacion sofística que en el Bajo Imperio. Este estado de cosas no hizo mas que empeorar por las relaciones comerciales que los franceses del Mediodía mantenian con el Oriente y por la vecindad de la España, donde los árabes habian llevado las luces, pero tambien los vicios de ese mismo Oriente. Mas adelante, hácia el fin del siglo undécimo, la Provenza y la Cataluña no formaron en cierto modo, mas que una sola provincia bajo el dominio de Raymundo Berenger, conde de Barcelona. Así tambien, al mismo tiempo que se establecian certámenes de amor, circulaban libremente opiniones religiosas mas atrevidas que las del siglo diez y seis: los trovadores daban con frecuencia tregua á sus canciones licenciosas para exhalar, en violentas sátiras, su hiel contra la Iglesia, que llamaban la prostituta del Apocalipsis, y contra los ministros de los altares que trataban de falsos profetas, de embaucadores, de ministros de tinieblas y de árboles muertos de Otoño. Protegidos por los condes y por la nobleza inferior, para quien la supremacia de Roma era un yugo molesto, los herejes, y entre ellos los Vaudois y los Albigenes,

hicieron fortuna en este país. Estos últimos soñaban ya con la igualdad absoluta. Ellos querían una sociedad sin nobles, sin ricos ni sacerdotes. El papado era principalmente el objeto de su encono. Si algún misionero católico se atrevía á predicar, al momento se levantaban en torno de él gritos de burla y amenazas de muerte. Ellos habían silbado á San Bernardo, escupido el rostro á Santo Domingo y perseguido á los monjes de Citeaux para asesinarlos. Raymundo, conde de Tolosa, caudillo de estos herejes, hizo matar al legado del papa, Pedro de Castelnau. Si su poder hubiese sido tan grande como su maldad, si Roma no hubiese podido vencerlos, ¿qué habría sido de la civilización moderna?

Dichosamente estos escesos no se reprodujeron en el norte de Europa: sin embargo, los escritos griegos penetraron en él y alteraron, entre muchos de los sabios de entonces, la sencillez de la fé. Un ilustre papa, San Gregorio el Grande, había presentido el peligro de estos escritos: inquietábale la tendencia de las escuelas platónicas de Irlanda, de las cuales el mismo San Colombano había tomado doctrinas demasiado sutiles; y sus inquietudes eran fundadas. Scot Erigene, que llevó estas doctrinas á Francia y puso allí la primera piedra de la escolástica, fué acusado justamente de herejía; y cuando los escritos de Aristoto, comunicados por los árabes, se hubieron reunido en las universidades nacientes á los del divino Platon, la insubordinación filosófica acreció visiblemente. Queriendo aplicar á las materias religiosas las sutilezas de la escuela, se pusieron en problema los dogmas más incontestables, y se promovieron las más ridículas cuestiones acerca de los misterios, haciendo descender la teología á la clase de esas ciencias dudosas y sobre las cuales cada uno cree tener el derecho de esponer las concepciones de su espíritu. Berenger, Roscelin, Abailard, Amaury de Chartres, Gilberto de la Poreé, Pedro de Poitiers y otros muchos, no tardaron, siguiendo imprudentemente esta senda, en caer en graves errores. Un discípulo de Abailard, Arnolfo de Bres-

cia, poniendo en práctica los principios de resistencia contra la Iglesia, llegó hasta arrojar de Roma á Adriano IV y á los cardenales para restablecer la antigua república.

Con efecto, así habría sucedido, y el reinado de la cruz, y por consiguiente el de la salvación de la humanidad, habría sucumbido tanto en Oriente como en Occidente, si Dios no hubiese conservado en su Iglesia, por un continuo milagro, la fuerza necesaria para resistir á todos los ataques de que era objeto. Ya el espíritu de rebelión descendía de los sabios al pueblo. Diversas bandas de groseros sectarios recorrían los reinos de Europa. Semejante á una hidra, cuyas cabezas renacían continuamente, la herejía, apenas vencida, se levantaba de nuevo con mayor fuerza é insolencia que antes. Wiclef, Juan de Hus, Gerónimo de Praga, seguidos de ardientes prosélitos, le daban una actitud amenazadora que presagiaba las luchas terribles que iba á tener próximamente. Apoyándose Wiclef sobre cien mil Lollardos sublevados, hizo temblar á la Inglaterra y la puso en peligro de un trastorno general. Los discípulos de Juan de Hus asolaban y llenaban de terror la Alemania.

Por una feliz combinación de circunstancias providenciales, en tanto que las sociedades adolescentes no estuvieron bastante robustecidas por el espíritu cristiano, el espíritu pagano no encontró un apoyo suficiente en el poder material, y no pudo por lo mismo oprimir bajo el peso de una fuerza superior la autoridad moral de la cruz. Tomando por ejemplo á la Francia, que se glorificó desde luego con el dictado de cristianísima, vemos que sus reyes, hijos primogénitos de la Iglesia, no fueron siempre muy respetuosos y sumisos. Los merovingianos violaban abiertamente sus leyes más santas, se apoderaban de sus bienes, vendían los obispados y entregaban las abadías á la soldadesca que los rodeaba. Muchos de los ministros de Dios, que usando de una santa libertad, tuvieron valor de reprocharles sus vicios y crímenes, fueron por orden suya desterrados ó asesinados. Menos bárbaros

que sus predecesores, los carlovingianos vinieron á ser los protectores de la Iglesia; pero ellos se descaminaron algunas veces, en sentido opuesto hasta querer poner la mano en el santuario. Los primeros Capetos, contagiados del espíritu de la segunda barbarie, cambiaron de actitud: ellos usurparon la jurisdiccion eclesiástica, traficaron brutalmente como los merovingianos con las funciones y las cosas sagradas y se pusieron en pugna abierta con la legislacion cristiana sobre el matrimonio. Sus sucesores trataron á la Iglesia con mas sumision y deferencia, pero pretendiendo siempre fijar el límite de sus derechos, y manteniéndose con respecto á ellos bajo el pié de la desconfianza. Uno de ellos, sin embargo, osó cometer en el vicario de Jesucristo un atentado sacrílego que escitó la indignacion de los pueblos y que inspiró al Dante, aunque gibelino, estos acentos de cólera y de piedad. "¡Yo lo veo! él entra en Anagni; veo á Cristo cautivo en su vicario, lo veo burlado segunda vez, y segunda vez aplacada su sed con hiel y vinagre!" No contento con haber ultrajado la dignidad pontificia, Felipe el Bello quiso subyugarla atrayéndola al seno de sus Estados; y fué por sus intrigas, la primera causa de ese deplorable cisma de Occidente, que hubiera trastornado infaliblemente la piedra fundamental de la Iglesia, si las potencias del infierno pudiesen prevalecer contra ella.

Lo mismo que en Francia, en los demas Estados de Europa, la Iglesia tuvo que sufrir mas ó menos las violencias del poder material. Halagaba á las potencias de la tierra tener bajo su mano á esta hija del cielo, y sentian con impaciencia su autoridad subordinada á la suya. Recelosos y suspicaces, los monarcas veian con inquietud esa fuerza de expansion siempre creciente, y atribuyéndose el derecho de dilatar arbitrariamente el espacio en derredor de ella, por sus constituciones, sus pragmáticas, sus bulas y regalías, le trazaron el círculo de Popilio. No contentos con crearle obstáculos se esforzaron en usurpar su autoridad sagrada; y cons-

tantemente tuvo que estar velando en su defensa contra esos potentados. Bajo una ú otra forma, se reproducia en todas partes la gran contienda de las investiduras. En tanto que un rey de Francia ultrajaba al pontífice de Roma por haberse resistido á sus pretensiones injustas, un rey de Inglaterra escitaba á los caballeros de su corte á degollar al pié de los altares al arzobispo de Cantorbery, porque no quiso sancionar esos estatutos atentatorios á las libertades eclesiásticas.

En los paises limítrofes á los Estados Pontificios ó que hacian parte de ellos, fué donde especialmente la Iglesia tuvo que sufrir los mas rudos y continuos ataques. En Alemania y en Italia no le concedian los emperadores y las facciones ni paz ni tregua. Durante muchos siglos el suelo de Italia lo ensangrentaron las luchas en la contienda de las investiduras complicada con la guerra de los güelfos y gibelinos. Disputaban á la Santa Sede su supremacía espiritual y su supremacía temporal; y desde el principio los emperadores se arrogaron un derecho absoluto de eleccion y de tutela sobre los papas. A fin de tener á su disposicion la inmensa fuerza moral de que estaban vestidos, querian ponerlos y quitarlos á su voluntad; y cuando la Iglesia indignada sacudió este yugo vergonzoso, le contestaron, empleando la fuerza brutal; creando anti-papas, deponiendo, aprisionando y lanzando de sus dominios á los pontífices legítimos. De raza en raza se trasmitian en herencia el espíritu de oposicion y de rebelion contra la Iglesia.

Durante este tiempo, las facciones italianas por su parte, soñando en el restablecimiento de la antigua república, tramaban el destronamiento del pontificado. De siglo en siglo los Crescencios, los Arnolds, los Rienzi, intentaban resucitar el senado, los cónsules, los tribunos, las fascas y las águilas. Entonces el vicario augusto de Jesucristo era depuesto, desterrado, reducido á cautividad, pasando amargos dias en la capital del mundo cristiano. Gelacio II muere cruelmente asesinado un dia que oficiaba. A Lucio II se le mata en me-

dio de un motin. Lucio III es apedreado; á algunos de los sacerdotes que le acompañaban, y que fueron cogidos, les sacan los ojos y se les pasea sobre jumentos irrisoriamente, colocando sobre sus cabezas mitras de papel. En vista de tan indignos ultrajes, uno de estos desgraciados pontífices esclamaba: "Yo lo digo delante de Dios y de la Iglesia: si fuese posible yo desearia mejor un emperador que tantos tiranos!"

Sin embargo, el trono de la cruz permanecia inmoble en medio de las borrascas, despidiendo cada vez mas vivos resplandores. Segun sus promesas, el Verbo Eterno lo protegía desde lo alto del cielo; dándole por escudo el celo y la noble firmeza de pontífices tan ilustres como Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV y Bonifacio VIII; le rodeó del amor de los pueblos, como de una muralla inespugnable, y armó para defenderlo la piedad, y aun alguna vez, la ambicion de los monarcas. Digamos tambien que Dios pareció estender la vara de su maldicion sobre los opresores de su Iglesia. Una especie de fatalidad pesaba sobre la familia de Plantagenet, sobre la Casa de Salica, y perseguía, hasta estinguirla, la raza de los Hohenstaufen. Luis de Baviera parece desdichadamente de una caída de caballo, y aunque Felipe el Bello dejó tres hijos, que reinaron sucesivamente despues de él, la rama de su familia, tocada de cierta impotencia, no se continuó sino por mujeres y se vió forzada á transmitir el cetro á manos viriles.

Así pasaron miserablemente los reyes, las dinastías y las razas que habian osado atentar sacrílegamente al Arca Santa; ¡y la cruz permaneció de pié! Ella guardó su supremacía absoluta sobre las naciones nuevas hasta que se hubieron penetrado de su vivificante espíritu: entonces, aflojándoles las riendas las dejó, como el águila hace con sus polluelos, ensayar sus fuerzas en mas rudas pruebas, y se preparó, por su parte, á mas terribles combates.

CAPITULO XXIX.

Lo que la Cruz ha edificado.

Si quisiésemos entrar en el pormenor de las obras maravillosas que la cruz ha ejecutado, nuestra vida entera, aun cuando llegase á un siglo, no bastaria á enumerarlas. Así pues, no es este el punto que nos proponemos. Queremos solo caracterizar en una sola palabra la virtud que le es propia; comprender bajo un solo concepto la infinita variedad de resortes que ella ha hecho jugar en el pasado y los que pondrá en movimiento en el porvenir para la regeneracion del mundo; designar, en fin, el principio de todo bien que ha depositado en él y que es el fundamento de su reinado: *la Sociedad moral*. Ella ha colocado de nuevo á la humanidad en la senda de que Satanás la habia hecho salir, y le ha restituido las condiciones de desarrollo continuo que Dios le habia impuesto, permitiéndole avanzar con un paso seguro hácia un progreso indefinido.

¿Por qué durante cuarenta siglos, la humanidad, en vez de dirigirse á la perfeccion moral, descendía sin cesar en la pendiente de la decadencia? Por una sola causa. Porque despues de haber rechazado la autoridad divina, se encontró impotente para constituirse en sociedad moral. ¿Y de dónde le venia esta impotencia? De que no encontraba ya en ninguna parte las bases necesarias, sobre las cuales tiene que descansar toda sociedad para ser feliz, es decir, un poder *legislativo*, un poder *interpretativo* y un poder *ejecutivo* en el orden moral. Pues bien, esto es lo que la cruz ha remediado.